

LARRA, PERIODISTA URUGUAYO

Gregorio Cervantes Martín

Hace casi diez años, en un homenaje que la *Revista de Occidente* dedicó a Larra, escribía Osvaldo Álvarez Guerrero lo siguiente: “España en Hispanoamérica, no había sido aún vencida. España representaba un pasado que no había sido superado todavía en Hispanoamérica, porque no había sido superado en la propia España . . . y entonces acaecía que Larra y las generaciones hispanoamericanas que eran sus contemporáneos luchaban por lo mismo.”¹ Notaba también que Larra y los intelectuales del Río de la Plata pertenecían a una misma generación con elementos culturales, sociales y económicos muy semejantes, y — después de referirse a los artículos de Alberdi en *La Moda* — citaba de un artículo que Sarmiento escribiera en *El Mercurio* (Santiago de Chile) en 1841: “Larra ha introducido en su país y creado a un tiempo, un género de literatura que por todas partes se esfuerzan en imitar y que hace de sus escritos un legado y un patrimonio para los pueblos que hablan la lengua castellana, a cuyas costumbres y necesidades se adaptarían maravillosamente (. . .) . . . somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España. Sus vicios son los mismos de que adolecemos nosotros, hijos de tal madre; nuestras costumbres no le van a la zaga. Así que lo que allá se ha escrito, nos vendrá siempre de perlas.”²

Esa influencia de Larra ha sido repetidas veces mencionada y estudiada en numerosos trabajos, principalmente con motivo del centenario de su muerte.³ José Antonio Oría publicó por entonces un extenso artículo, “Alberdi ‘Figarillo.’ Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata,” *Humanidades*, XXV (1936), 223-83, en el que estudiaba la relación entre Larra y Alberdi, y notaba la publicación en Buenos Aires de un periódico titulado *Fígaro*, que terminó con su primer número el 3 de octubre de 1833.⁴

Ya en 1831, antes por lo tanto que en Buenos Aires, se había anunciado en Montevideo la publicación de un periódico que habría de titularse *Fígaro Ministerial*. En *El Indicador*, número 44 (6 de agosto de 1831), periódico de cuatro páginas a tres columnas que costaba un real, se anuncia en la página cuatro, al principio de la columna de la izquierda y bajo “Avisos Nuevos,” la publicación para el sábado 13 de “un nuevo periódico titulado el *Fígaro Ministerial*,” y se indica que “los SS. qae [*sic*] quieran suscribirse [*sic*] podrán hacerlo en la tienda de Mr. Gard, calle del portón.” El anuncio aparece otra vez en el siguiente número (lunes, 8 de agosto), misma página y columna, así como en los números 46, 47 (con el “que” ya bien escrito), 48 y 49 (misma página, columna de la derecha). En el número 50 (sábado, 13 de agosto), que era el día señalado en el anuncio de *El Indicador* para la aparición del primer número del *Fígaro Ministerial*, ya no hay anuncio. Dejó también de anunciarse el 13 de agosto la publicación de otro

nuevo periódico, pero volvió a anunciarse en el número 75 de *El Indicador* (viernes, 16 de setiembre de 1831) que el primer número de *La Periódico Manía* saldría ese mismo día. El martes 27 se anuncia el cuarto número para el día siguiente.⁵

El *Fígaro* de Montevideo tuvo, pues, menos suerte que el de Buenos Aires, ya que no llegó a publicar ni un solo número. Antonio Praderio menciona el anuncio y afirma no haber hallado ningún ejemplar de dicho periódico,⁶ pero esto prueba que "Fígaro" era bien conocido en el mundo de habla castellana como título de periódico o como personaje de la obra de Beaumarchais y de la de Rossini.⁷ No obstante, nadie lo usó como pseudónimo literario antes que Larra.

Queda por vez qué cambios sufría un artículo del madrileño para adaptarlo, como dice Sarmiento, a las costumbres y necesidades de las nuevas repúblicas americanas. Para ello tomaré como ejemplo el artículo "En este país," que Larra publicó en *La Revista Española* en abril de 1833, y que fue publicado en Montevideo en *El Eco Oriental*, número 13 (12 de agosto de 1835). Antes del título se dan las razones por las que se reproduce el artículo:

El siguiente rasgo que sacamos de un diario del año anterior, encierra ideas muy patrióticas, y por lo mismo creemos conveniente reproducirlo en nuestras páginas, porque hay ciertas cosas cuya oportunidad no pasa fácilmente, y la manía extranjera [sic] que esplica [sic] este artículo vemos con dolor que hace prosélitos aunque tan miserables como ella.

Es decir, las razones son que las ideas patrióticas que el artículo contiene, y que Larra escribiera para los españoles, valían también para los uruguayos, cada día más inclinados a favorecer todo lo que procediese de fuera.

En la reimpresión que hizo del artículo *El Eco Oriental* — teniendo en cuenta el orden en que aparecen — he notado los cambios siguientes:

Cambios en el número

Larra

escena
sonido vago
la causa
ascos
teatros
esfuerzos

El Eco Oriental

escenas
sonidos vagos
las causas
asco
teatro
esfuerzo

Cambios en el verbo

produjeran
pude
Llévome
sabe
No entremos
cantado
vuelvan

produjeron
puedo
puede
Llévame
saben
No entramos
cantándolo
vuelven

Cambios ortográficos

Larra

ansioso
circunstancias
extraños
explicaciones
explicarle
atraso
atrasados
expresión

Sustituimos

quiso
viajes
excusa
cocinero
exquisito
beefsteak
ocho o diez
appartement
a pesar
exclamaba
extranjero -s

café

vilipendiar

descriptas

acerca

El sí de las niñas

Hijo Pródigo

*Marlborough**Mambruc*

que en

explicar

extrañamos

El Eco Oriental

ansioso
circunstancias
estraños
explicaciones
explicarle
atrazo (dos veces)
atrazados
espresión (cuatro veces)
espreción

Sostituyamos

quizo
viages (dos veces)
escusa
cosinero
esquisito
beeftek
8 ú 10
apartement
apesar
esclamaba (dos veces)
extrangero (tres veces)
extrangero -s

café

velipendiar

descriptas

a cerca

el sí de las niñas

hijo pródigo

Manboroug

Mambrú

q'en

explicar

estrañamos

Palabras que han sido reemplazadas por otras o suprimidas

los términos

extirparla

Don Periquito -s

Carabanchel

ni más mundo que el

salón del Prado

su muebles y sus ropas

en una casa de huéspedes

España

¿ Lo ve usted, Fígaro?

las orillas

interpretarla

D. Exequiel -es (nueve veces)

Matanza

Suprimido en *El Eco*

sus muebles y ropas

en casa de huéspedes

aquí (cuatro veces)

¿ Lo ve Vd.?

Larra

*Diario de los Debates**Times*

¡No hay limpieza en España!
 ¡en España no se puede viajar!
 en el año 33
 sillas desvencijadas
 nuestra sátira
 en bocas de españoles
 y de españoles
 opondremos nosotros en
 algunos de nuestros artículos
 desconfianza
 Cumpla cada español

*El Eco Oriental**Monitor**Imparcial*

¡No hay limpieza en este país!
 en este país no se puede viajar!
 en el año 34
 sillas de baquetas
 nuestra saliba
 en bocas de Americanos
 y de Americanos
 opondremos en algunos de
 nuestros artículos
 confianza
 Cumpla cada americano

Además de los cambios de acentuación, puntuación y de palabras o frases en bastardilla, que no aparecen en el artículo de Larra, los siguientes párrafos han sido suprimidos:

- A — Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.
 Pasábamos al lado de una obra de eses que hermocean continuamente *este país*, y clamaba:
 — ¡Qué basura! En este país no hay policia.
 En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.
- B — . . . , en que no se conocía en la Corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo.
- C — . . . , o las malhadadas ventas oara caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella.
- D — En el día es menos que nunca acreedor *este país* a nuestro desprecio. Hace años que el Gobierno, granjeándose la gratitud de sus súbditos, comunica a muchos ramos de prosperidad cierto impulso benéfico, que ha de completar por fin algún día la grande obra de nuestra regeneración.⁸

Hay puntos suspensivos antes de la omisión A, pero no antes de C o B. Se enlaza lo que las precede con lo que las sigue sin indicar omisión alguna. Es fácil de comprender la falta de C. La lamentable situación del teatro español, con *chorizos* y *polacos* luchando a naranjazos durante las representaciones, no era fácil de igualar. Hasta cierto punto es comprensible también la omisión de B por los lugares citados; pero A y D me parece que hubieran encajado perfectamente dentro de la situación uruguaya. Bastaba sustituir en D "regeneración" por "independencia". Lo que Larra dice en A de los periódicos de España pudiera decirse en 1835 de los del Uruguay. El primer periódico que se publicó en Montevideo fue *La Estrella del Sur*, escrito en inglés y castellano, que permaneció en circulación de mayo a julio de 1807. Después, algunos años hubo periódicos y otros no,

hasta que comenzaron a publicarse con regularidad a partir de 1821. En 1834, que es la fecha que figura en el artículo aquí estudiado, y 1835, que es cuando apareció en *El Eco*, en Montevideo se publicaron hasta ocho periódicos, algunos procedentes de años anteriores.

Como hemos visto, los cambios eran mínimos — usted y señor aparecen casi siempre en la forma abreviada. Bastaba sustituir Carabanchel por Matanza, España por aquí, españoles por americanos, etc. y el artículo de Larra quedaba listo para los lectores uruguayos. Una nación que había ganado su independencia pocos años atrás, podía decir como Fígaro: “Sustituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: ¡*Cosas de este país!*” Comparar un pasado de coloniaje con un presente de libertad era para que los uruguayos se sintieran felices, como decía el mismo Fígaro a los españoles al final de la tristemente célebre década de Fernando VII.

Reproduzco a continuación el artículo tal como aparece en *El Eco Oriental*, número 13, 12 de agosto de 1835. En negrita están las palabras que difieren en todo o en parte del trabajo de Larra, salvo las que están en bastardilla. Las palabras y frases suprimidas van entre corchetes.

EN ESTE PAIS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta las orillas de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudieramos citar en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que halagando las pasiones de los partidos han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van [sic] pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambio [sic] de decoraciones. Cae una palabra de los labios [sic] de un prorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las mas veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeron. Su destino es efectivamente, como sonidos vagos que son, perderse en la lontananza conforme se apartan de las causas que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto mas difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar, estas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos, y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padron de la ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen: así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren interpretarla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país. esta es la frase que todos repetimos á porfia, frase que sirve de clave para toda clase de esplicaciones; cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿*Qué quiere Vd.*, decimos, *en este país?* Cualquier aconte-

cimiento desagradable que nos suceda, creemos **explicarle** perfectamente con la frasecilla *¡cosas de este país!* [frasecilla: *¡Cosas de este país!*] que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un **atrazo** reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser este su origen, porque solo puede conocer la carencia de una cosa, el que la misma cosa conoce; de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su **atrazo**, no estarían realmente **atrazados**? [sic] Es la pereza de imaginación ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece mas ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante **expresión**. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una joven [sic] bella que sale de la adolescencia, no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad, que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía, la vaga inquietud de su alma, que busca y ánsia [sic] sin saber, que la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésele despreciar y romper aquellos mismos secillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el origen [sic] de la *fatuidad* que en nuestra juventud se observa: el *medio saber* reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aun el cómo, [sic] **Afectamos**, pues, hacer asco de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este *medio saber* nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ánsia [sic] de obtenerlo todo de una vez, nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo.

Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará, ó no se verificará mas tarde. **Sostituyamos** sábiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y véamos [sic] si tenemos razón [sic] en decir á propósito de todo: — *¡Cosas de este país!*

Solo con el auxilio de las anteriores reflexiones **puedo** conocer el carácter de **D. Exequiel**, ese petulante joven [sic], cuya instrucción [sic] está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no **quizo** aprender; cuyos **viages** no han pasado de la **Matanza**; que no lee [sic] sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros mas filosóficos; que no conoce, en fin, mas ilustración [sic] que la suya, mas hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, [ni más mundo que el salón del Prado] ni mas *país* que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fue no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontrele en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y [sus] ropas tiradas aquí y allí, un espantoso desorden [sic], de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

“Este cuarto está hecho una leonera, me dijo: — ¿Qué quiere Vd? *en este país*. . . Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido había encontrado.

Empéñose [*sic*] en que había de almorzar con él, y no puede resistir á sus instancias: un mal almuerzo, mal servido reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme: — *Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.*

“Vive Dios, dije yo para mí, que cuando *en este país* se tiene un buen cosinero y un esquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beeftek, con todos los adherentes de un almuerzo á la *fourchette*; y que en París los que pagan 8 ú 10 reales por un *apartement garní*, ó una mezquina habitación en [una] casa de huéspedes, como mi amigo D. Exequiel, no se desayunan con *pavos trufados* ni con *champagne*.

Mi amigo Exequiel es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el día con él, y yo que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

D. Exequiel es pretendiente apesar [*sic*] de su notoria inutilidad. Llévame, pues, de ministerio en ministerio; de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno, otro candidato que habia tenido mas empeños que él — *¡Cosas de aquí!* me salió diciendo, al referirme su desgracia. *Ciertamente*, le respondí, sonriéndome de su injusticia, *porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede Vd. estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.*”

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de mas luces que él — *¡Cosas de aquí!* me repitió.

Sí; proque en otras partes colocan á los nécios [*sic*], dije yo para mí:

Llévome en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuantos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: *ni uno*.

¿ Lo ve Vd [Fígaro]? me dijo ¿ lo ve Vd? En este país no se puede escribir. Aquí nada se vende, vejetamos en la ignorancia.

En París hubiera vendido diez ediciones.

Ciertamente, le contesté yo, *porque los hombres como Vd. venden en París sus ediciones.*

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores nécios [*sic*] que se mueran de hambre.

Desengáñese Vd. en este país no se lee, prosiguió diciendo. Y Vd. que de eso se queja, Sr. D. Exequiel: Vd. ¿ qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

¿ Lee Vd. los periódicos, le pregunté sin embargo? [*sic*]

No señor, en este país no se saben escribir periódicos. *¡ Lea Vd. ese Monitor, ese Imparcial.*

[Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente *este país*, y clamaba:

— *¡ Qué basura! En este país no hay policia.*

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.]

Metió el pié [*sic*] torpemente en un charco *¡ No hay limpieza en este país!* esclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo — ¡*Ah! país de ladrones!* vociferaba indignado. Porque en Lóndres [*sic*] no se roba, en Lóndres [*sic*] donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un día de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre: ¡*En este país no hay mas que miseria!* exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibámos [*sic*] al teatro, y ¡*Oh qué horror!* decia mi D. Exequiel con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡*Aquí no hay teatro!*

Pasábamos por un café, no entramos. ¡*Que cafées los de este país!* gritaba.

Se hablaba de viages. ¡*Oh! Dios me libre: en este país no se puede viajar!* ¡*Qué posadas!* ¡*Qué caminos!* ¡*O infernal comezon [sic] de velipendiar este país!* que adelanta y progresa de algunos años á esta parte, mas rápidamente que adelantaron esos países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto.

Porque los D. Exequieles que todo lo desprecian en el año 34, no vuelven los ojos á mirar atras, ó no preguntan á sus papás á cerca [*sic*] del tiempo que no está tan distante de nosotros, [en que no se conocía en la Corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo,] en que no existian mas posadas que las descritas por Moratin en el *st de las niñas* con las sillas de baquetas y las estampas del hijo pródigo; [o las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella;] en que no se conocia mas ópera que el que el [*sic*] Manboroug (ó *Mambrú* como dice el vulgo) cantándolo á la guitarra; en que no se leia mas periódico que el diario de avisos, y en fin. . . . en qué. . . .

Pero acabemos este artículo [*sic*] demasiado largo para nuestro propósito; no vuelven á mirar atrás porque habrian de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza q' en *este país* se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que á los D. Exequieles que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustracion se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspeccion examinar, nada estrañamos en su boca, sino es la *falta de consideracion y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe*; pero cuando oimos la espresion despreciativa que hoy merece nuestra saliba, en boca de Americanos [*sic*], y de Americanos [*sic*] sobre todo que no conocen mas país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignacion limites en que contenerse.

[En el día es menos que nunca acreedor *este país* a nuestro desprecio. Hace años que el Gobierno, granjeándose la gratitud de sus súbditos, comunica a muchos ramos de prosperidad cierto impulso benéfico, que ha de completar por fin algún día la grande obra de nuestra regeneración.]

Borremos, pues, de nuestro language la humillante espresion que no nombra á *este país* sino para denigrarle; volvamos los ojos atras, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente: y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos. Solo en este sentido opondremos [nosotros] en algunos de nuestros artículos [*sic*] el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta espresion que contribuye á aumentar la injusta confianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos mas favor ó justicia

á nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzo y felicidades. Cumpla cada americano [sic] con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inaccion con la espresion de desaliento — ¡Cosas de aquí! Contribuya cada cual á las mejoras posibles: entonces este país [sic] dejará de ser tan maltratado de los estrangeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

Department of Romance Languages
Wake Forest University
Winston-Salem, USA

NOTAS

¹ Osvaldo Álvarez Guerrero, "Larra e Hispanoamérica. Larra y la generación de 1837," *Revista de Occidente*, número 50 (mayo 1967), pág. 231.

² *Ibid.*, págs. 236-37.

³ José Antonio Fernández de Castro, "Larra (1837-1937). En breve los 100 años," *Revista Bimestre Cubana*, 39 (1937), págs. 144-50; "Larra: Su formación intelectual," *Nosotros*, 3 (1937), págs. 287-307; "Proyección de las ideas de Fígaro: Larra en Rizal," *Universidad de la Habana*, 3 (1937), págs. 80-96. José María Monner Sans, "Notas sobre Larra crítico literario," *Nosotros*, 3 (1937), págs. 169-75. Marcelo Olivari, *Larra (Semblanza cruel)*, Buenos Aires: Ediciones Saeta, 1937. Eustaquio Tomé, *Mariano José de Larra. Estudio crítico*, Montevideo: Claudio García, 1938. Todos ellos forman parte de más de una treintena de trabajos sobre Larra escritos en Hispanoamérica hacia 1937.

⁴ Ver las páginas 223-24 del artículo de José Antonio Oría. También Verdevoye, "A propos de certains articles signés 'Fígaro' parus dans le *Mercurio* de Valparaíso entre 1834 et 1837." En *Melanges a la Memoire de Jean Sarrailh* (Paris: Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 1966), II, págs. 416-17.

⁵ *La Periodico Manía* tampoco tuvo larga vida. Dejó de publicarse antes de diciembre de 1831. Ver Antonio Pradeiro, *Índice cronológico de la prensa periódica del Uruguay, 1807-1852* (Montevideo: Universidad de la República Oriental del Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962), pág. 43.

⁶ Antonio Pradeiro, *Índice*, pág. 42.

⁷ Ver el mencionado trabajo de Verdevoye.

⁸ Como es sabido, el mismo Larra suprimió este párrafo en la edición de 1835. José Antonio Oría (página 238 del trabajo citado, nota 3) y Paul Verdevoye (*Sarmiento éducateur et publiciste*. Paris: Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques [1963], Annexe I, págs. 479-82) se han referido ya a artículos de Larra publicados en el Río de la Plata. Oría cita sólo dos artículos, pero Verdevoye, en un trabajo bien documentado, da una lista por países (Argentina, Chile, Uruguay) que comprende trabajos de Larra publicados en distintos periódicos desde 1834 a 1842. Sin embargo, el mismo Verdevoye no cita el artículo "En este país" como publicado en Montevideo. Al parecer no consultó *El Eco Oriental*, puesto que no figura en su bibliografía de periódicos uruguayos (*Sarmiento éducateur*, pág. 610).

⁹ Son periódicos argentinos que también publicaron artículos de Larra. *El Monitor*, número 142 (6 de junio de 1834), reprodujo precisamente "En este país" (*Sarmiento éducateur*, pág. 479). Bien pudiera *El Eco* haberlo tomado de *El Monitor*, según las razones que da antes de reproducir el artículo de Larra, las cuales he citado más arriba.

Otra reimpresión de un artículo de Larra que no he visto citada en ninguna parte es la de "Las palabras," que él publicó en *La Revista Española* en 1834. Aparece al final de *La viuda* (San José: Talleres de la Minerva — de J.M. Menéndez, 1898), págs. 200-207. Se trata, claro está, de una traducción de la obra francesa de Octavio Feuillet.